

LA PORFÍA DE LA MEMORIA

Alfredo Joignant
Profesor Titular
Escuela de ciencia política
Universidad Diego Portales

Definitivamente, el año 2012 no ha estado exento de episodios en los que se encuentra presente la porfiada memoria de la dictadura: desde el descubrimiento de textos de historia y geografía en los que se habla de “régimen militar” y no de “dictadura” (emulando a Bravo Lira) hasta el chocante homenaje a un cruel asesino y torturador (Krassnoff) a través de la reedición de un libro por parte de los mismos fieles seguidores que, en el día de ayer, asistieron a la exhibición de un documental aparentemente revisionista sobre Pinochet. Qué duda cabe: este episodio inicia y prefigura anticipadamente lo que serán los 40 años del golpe, el próximo año.

Convengamos que las imágenes del Teatro Caupolicán con sus tribunas aparentemente atestadas de pinochetistas tuvieron el suficiente poder de retrotraer a muchos hacia aquellos tiempos en los que se asesinaba y torturaba en Chile, ante la indiferencia en aquel entonces de funcionarios de la dictadura que hoy gozan de un mandato de diputado (Cardemil) o de la confianza del presidente Piñera en algún cargo de gobierno (Chadwick, quien en el día de ayer tuvo el suficiente aplomo para el arrepentimiento, días después del lamento expresado por el diputado Moreira).

No tengo ninguna duda que la exhibición del documental ante un público de fanáticos no podía, ni debía ser prohibida, del mismo modo en que tampoco tengo dudas acerca del legítimo rol de denuncia y recuerdo que deben jugar las agrupaciones de familiares de torturados y detenidos desaparecidos, así como la izquierda chilena (por una vez unificada, en este caso en torno y en contra de la figura del dictador). ¿Por qué? Porque controversias que ponen en entredicho a minorías iliberales no pueden ser resueltas por actos administrativos, una solución demasiado fácil para economizar tiempo y esfuerzo en resolver asuntos que remiten a luchas por la hegemonía en la sociedad chilena.

Lo llamativo de este episodio fue el papel jugado por Juan González, un ex militar de mediano rango quien protagonizó la organización del evento no sin antes negar la existencia de violaciones a los derechos humanos al punto de desacreditar las aberraciones que sufrió en carne y hueso...su propia hermana, algo realmente demencial. ¿Qué puede llevar a alguien, de quien no se presume locura ni insanidad, a negar lo que muchos no supieron ni quisieron saber, pero que hoy se encuentra documentado hasta la saciedad? Algo no muy distinto a lo que motiva a aquel puñado de nazis o historiadores revisionistas que se afanan en “demostrar” que los campos de exterminio no existieron, y que el holocausto judío

fue una invención de este pueblo. Partamos señalando que el “revisionismo” (un término que se origina en el contexto del caso Dreyfus) en historia es un procedimiento natural consistente en revisar periódicamente el conocimiento histórico, a condición de emplear el método científico. Es por extensiones sucesivas que terminó evocando a aquella corriente que se caracteriza por poner en duda las aberraciones del nazismo y negar el exterminio judío, lo que suele ser llamado “negacionismo”. Pues bien, Juan González, sin saber nada de historia, se inscribe precisamente en aquel grupúsculo de negacionistas chilenos: ¿son tan terribles como para prohibirles reunirse públicamente en un recinto privado? Ciertamente no, a la luz de una porfiada memoria de la dictadura que les es desfavorable al reproducir de padres a hijos, y de hijos a nietos la cruda verdad de soldados que violaron, con la muda complicidad de civiles, los derechos humanos en Chile.

Para convencerse de la hegemonía de la buena memoria sobre el periodo 1973-1990, en el sentido en que descansa sobre muertes verdaderas cuyo significado es aborrecido por los chilenos de hoy, me basta con saber que hombres y mujeres de derecha, no sé cuantos, sienten auténticamente vergüenza de la dictadura, no obstante haber adulado y amado al dictador cuyo fantasma todavía ronda en nuestras vidas, y lo seguirá haciendo porque Pinochet es, en ese sentido, inmortal.